

CAPÍTULO V

Recepcion hecha al almirante en Barcelona por los Reyes Católicos.—Bautizo de los indios llevados á España por Colon: son sus padrinos los Reyes Católicos.—Escudo de armas concedido por los reyes á Colon.—Bula del Papa concediendo á los Reyes Católicos la posesion de lo que descubriesen.—Error de algunos escritores al criticarla: elevado objeto de ella.—Preparativos para el segundo viaje de Colon.—Elementos de prosperidad y de civilizacion que se envian á las Indias.—Ganado con que la España enriquece sus nuevas posesiones.—Entusiasmo para ir á las islas descubiertas.—D. Juan Alonso de Ojeda: su espíritu caballeresco y su valor.—Isabel nombra pajes del príncipe á Diego y Fernando, hijos de Colon.

Entre tanto que Pinzon ocultaba en su solitario hogar la pena que visiblemente le conducia al sepulcro, Colon recibia en Sevilla una carta lisonjera de los soberanos, contestando á la que él les habia dirigido. El sobrescrito de ella decia: «A D. Cristóbal Colon, nuestro almirante del mar Océano, y virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias.» El contenido de la carta se reducía á felicitarle por su feliz llegada y por el éxito favorable de su empresa; le ofrecian en ella mercedes y honras; le

decían que sin pérdida de momento se presentase en Barcelona para convenir en los puntos necesarios para otro viaje, y que tomase en Sevilla, ó donde lo creyese conveniente, cuantas medidas pudieran facilitar su pronta marcha.

Colon se apresuró á obsequiar la órden de sus soberanos; les contestó, incluyendo dentro de la epístola una relacion de los bajeles, gente y víveres que se necesitaban; y despues de haber arreglado en Sevilla lo que juzgó útil, se dirigió á Barcelona. Su viaje fué una completa ovacion. Los pueblos por donde pasaba tenían adornados sus balcones y ventanas de vistosas colgaduras, y los habitantes salían á recibirle afectuosamente entre entusiastas vivas, mientras el repique de las campanas anunciaba á los pueblos comarcanos la llegada del descubridor de un Nuevo-Mundo.

Barcelona, durante ese tiempo, se habia preparado á recibirle con el fausto y la pompa que correspondían á la empresa á que habia dado cima. A mediados del mes de Abril llegó á la populosa capital de Cataluña, corte entonces de los Reyes Católicos. La recepcion fué brillante: la principal nobleza y jóvenes distinguidos de la corte, gran número de caballeros notables y el pueblo entero, salieron á recibirle al aproximarse á la muralla, felicitándole unos y dando otros entusiastas vivas á su nombre. La entrada de Colon en Barcelona recordaba la de los emperadores romanos cuando volvían triunfantes. Abrieron la marcha los seis indios, pintados los cuerpos con los colores mismos con que se adornaban en su país; con sus arcos, flechas y plumajes los dos que se habian embarcado en Samaná, y luciendo

algunos adornos de oro en la nariz, en las orejas, en los brazos y en las piernas. Tras de los indios, en quienes las miradas de la multitud se fijaban, iban los grandes pájaros de brillante plumaje, entre los cuales se contaban diversas especies de loros y de guacamayos. Seguían á las aves, las plantas raras y exquisitas; las diademas de oro regaladas por los caciques; los brazaletes y piezas del mismo metal que sirviesen de muestra para dar una alta idea de la riqueza de los países descubiertos, y cerraba la marcha Colon, montado en un magnífico caballo, rodeado de la alta nobleza y de lo mas granado de la corte. Las calles se veían literalmente llenas de gente que hacia difícil el paso, y lo mismo se encontraban los terrados, los balcones, las ventanas y las puertas de todos los edificios.

Los Reyes Católicos, y con ellos el príncipe D. Juan, esperaban al almirante, sentados públicamente bajo un dosel de brocado y oro, que habian mandado colocar en un sitio espacioso, á fin de hacer mas pública la honra de Colon. Cuando el almirante llegó á la presencia de los soberanos y se hincó de rodillas para besarles la mano, Isabel y Fernando hicieron la demostracion de levantarse, le hicieron ponerse en pié, y en seguida le ordenaron que se sentase y refriese los acontecimientos de su viaje.

Colon hizo una descripcion seductora de las islas descubiertas, de su clima y de su feracidad; presentó en seguida los objetos que llevaba; el oro en polvo, en granos y en alhajas, asegurando que todo no era mas que una insignificante muestra de los grandes tesoros que las tierras descubiertas atesoraban; ponderó la docilidad y buena índole de sus habitantes; su hospitalidad y cariño

hacia los españoles; y terminó refiriendo, en forma seductora, los señalados beneficios de que era deudor al Sér Supremo, descubriendo unos países donde vivian millones de desgraciados salvajes idólatras, que por aquel medio y la proteccion de los Reyes Católicos podrian recibir la luz pura y salvadora del Evangelio.

Colon habia tocado, con estas palabras, la noble y delicada fibra del alma generosa de Isabel, que sintió bañado su corazón de un placer inefable al pensar que podia ser útil á la humanidad. Terminada la relacion, los soberanos se levantaron y se pusieron de rodillas para dar gracias á Dios por el grandioso acontecimiento verificado en su reinado. Todo el mundo, siguiendo el ejemplo de los soberanos, dobló la rodilla, y en seguida se cantó el *Te-Deum* por la real capilla.

Colon, recibiendo la licencia de los monarcas para retirarse, marchó al alojamiento que le habian dispuesto, acompañado de muchos nobles y del príncipe D. Juan.

El placer que causó el descubrimiento del nuevo mundo, fué universal en el globo civilizado. Los sabios todos de Europa tomaron parte en el regocijo de la España, pues consideraban aquel acontecimiento como un bien para la humanidad entera, que brindaba nuevos campos de investigacion á la ciencia, extensos límites al comercio, y á los habitantes de aquellas hasta entonces ignoradas regiones, la luz vivificadora de la civilizacion y del saber; los goces inefables de la inteligencia; el cambio de la vida salvaje por la vida social.

El triunfo de Colon habia sido completo; y sin embargo, se ignoraba aun, como lo ignoraba el mismo Colon, la

importancia verdadera que tenia la porcion descubierta. Ninguno se imaginaba que los nuevos territorios formasen una parte enteramente distinta y separada del antiguo continente por inmensos mares. Se creia que Cuba era el término del continente asiático. El intento de Colon no fué descubrir un nuevo mundo, sino hallar en breve, navegando hacia el Occidente, la extremidad del Asia por aquel rumbo, abriendo así una via mas corta que facilitase el comercio. En el cálculo del ilustre navegante genovés no entró, como no entró en el de nadie, el descubrimiento de un nuevo mundo, sino únicamente llegar por camino mas recto á la India oriental, de donde resultó que diese el nombre de Indias á las tierras descubiertas y el de indios á sus habitantes.

Todos ignoraban aun la alta importancia de lo descubierto; pero tenia la suficiente, sin embargo, para inmortalizar el nombre de su descubridor. Isabel y Fernando se esmeraban especialmente en distinguir al hombre que habia llevado á cabo uno de los pensamientos mas grandiosos para la humanidad. Los grandes, á imitacion de sus reyes, se afanaban en obsequiar al almirante, distinguiéndose el ilustre cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que se manifestó protector suyo, desde antes de la expedicion. El sabio cardenal, admirador del talento y de la ciencia, fué el primero que convidó á su mesa al afortunado descubridor del Nuevo Mundo. Muchos grandes y nobles fueron invitados al banquete, y á Colon le dió el cardenal en la mesa el lugar preferente.

La conversacion giró particularmente sobre las nuevas tierras descubiertas; y como todos trataban de aparecer

como antiguos partidarios del sistema del almirante, no titubearon en decir que, aunque de importancia y de mérito la empresa, no encerraba, sin embargo, el mérito que se le quería dar, pues cualquiera otro hubiera dado cima á ella. El cardenal era de opinion contraria, y creía que el descubrimiento, en caso de haberse verificado, se hubiera retardado algunos siglos. Para él la gloria que correspondia á Colon, excedia á la que el mundo le daba. El almirante escuchaba á su defensor con gratitud, sin querer tomar parte en la cuestion para no aparecer como envanecido de su pensamiento. De repente y como si tratase de que tomase otro giro la conversacion, preguntó á los concurrentes, si habia alguno de entre ellos que lograrse poner un huevo parado sobre la mesa. Los convidados le miraron, y él suplicó que trajesen algunos huevos crudos.

Presentados éstos en un plato, volvió Colon á invitar á que tratasen de pararlos sobre la mesa. No faltaron algunos que trataron de hacer la prueba inútilmente, provocando la hilaridad de los demás, que dijeron que era cosa imposible. «No lo juzgo yo así—advirtió Colon tomando un huevo en la mano—y antes lo tengo por la cosa mas fácil del mundo.» Los circunstantes le miraron como en espera de que lo ejecutara. Entonces Colon, dando un golpecito al huevo por la punta lo dejó parado. Todos soltaron una carcajada despreciativa diciendo que cualquiera podria hacer lo mismo. «Es muy cierto—replicó el almirante—y sin embargo, nadie lo ha podido ejecutar hasta que no me lo han visto hacer á mí. Igual cosa ha sucedido respecto de las tierras descubiertas: antes parecia una locura pensar en que existian; pero desde el instante que

las he dado á conocer, no hay ninguno á quien no parezca fácil la empresa.»

Durante la permanencia de Colon en Barcelona, los reyes se esmeraron en darle testimonios del mas distinguido aprecio. A todas horas era admitido á la presencia real, y varias veces salió á paseo, á caballo, con el rey y el príncipe D. Juan, marchando el soberano en medio de los dos. Pero lo que interesó el sensible corazon de la reina mas que el oro y las ponderadas riquezas materiales del mundo descubierto, fueron los apacibles indios, cuya felicidad era el blanco de sus afanes. La corte entera miró con cariño á aquellos seres sencillos y humildes.

El empeño de Colon habia sido que aprendiesen la lengua castellana y se instruyesen en la religion católica antes de emprender su segundo viaje, en el cual se proponia volverlos á su país.

El buen trato que se les habia dado engendró en los indios un cariño profundo hácia los españoles y hácia su religion. Pronto se hallaron, por lo mismo, con disposicion y voluntad de entrar en el gremio de la Iglesia por el bautismo. La católica Isabel, su esposo y el príncipe D. Juan, quisieron ser ellos mismos los que ofreciesen á Dios las primicias de la gentilidad del Nuevo-Mundo.

Los reyes, pues, fueron los padrinos de los primeros habitantes de la América que pisaron el Viejo Mundo.

Al uno de ellos, que era pariente del cacique Guacaguarí, se le puso el nombre de D. Fernando de Aragon; á otro indio, tambien distinguido, el de D. Juan de Castilla, y á los demás los que se juzgaron convenientes.

Se bautizan
los indios
conducidos
por Colon, y son
padrinos el rey
y la reina.

Todos fueron obsequiados y atendidos, desde entonces, como ahijados de los soberanos, y se les instruía en el idioma y la religion para que volviesen á su país cultivada su inteligencia.

Escudo de armas que se concede á Colon. Isabel y Fernando continuaron manifestando su distinguido aprecio al hombre que acababa de aumentar sus estados, y resolvieron enviarle con mayores recursos á los puntos descubiertos, en calidad de Almirante de las Indias, confirmando de esta manera el título, como se lo habian prometido anteriormente. El rey, mirando la grandeza de la empresa que habia llevado á cabo Colon, le ennoblecíó, lo mismo que á toda su posteridad y á dos hermanos que tenia, llamados Bartolomé el uno y Diego el otro. Satisfecho de sus servicios, le concedió el título de Don, distintivo entonces de alta nobleza; le dió por armas cinco islas de oro sobre un mar de plata y azul, con un mundo y una cruz por base; le permitió que trajese debajo las armas de su familia unidas á las de Castilla y de Leon, y que pusiese por orla este honroso lema:

Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon.

Entre los privilegios con que quiso distinguírle, se encontraba el de montar en mula en consideracion á su edad y sus enfermedades. Era esa gracia entonces una de las mas señaladas. La cria caballar se habia abandonado en España anteriormente, á causa de que la generalidad viajaba en mula. Esta costumbre dió

El montar en mula era un privilegio.

por resultado que se recurriese con frecuencia á Francia para comprar caballos con que atender al servicio militar. Para remediar el mal y aumentar la propagacion de los caballos, se prohibió que se montase en mula, reservando el uso de ella únicamente para los eclesiásticos, médicos y magistrados.

Extendiendo el rey sus liberalidades á los miembros de la familia del almirante, concedió á D. Bartolomé que llevase las armas de Castilla, y á D. Diego las de Leon.

La noticia del descubrimiento que, con rapidez asombrosa, se habia extendido de un extremo á otro de la Europa, habia llenado de asombro á los pobres y á los ricos, á los grandes y á los monarcas.

Bula del Papa concediendo á los Reyes Católicos las tierras que descubriesen. Los Reyes Católicos, deferentes y respetuosos siempre con la Sede Apostólica, pusieron inmediatamente en conocimiento del Sumo Pontífice Alejandro VI el brillante acontecimiento, que podia traer al seno de la Iglesia millones de almas que gemian en el gentilismo; le manifestaron su deseo de llevar á aquellos lejanos países la luz del Evangelio, y le suplicaron aprobase que la España agregase el Nuevo Mundo, por ella descubierto, á la corona de sus reyes. Juzgando el Papa Alejandro VI que de la propagacion del catolicismo, de las letras, de las artes y de la agricultura, resultaria un bien de inapreciable precio á los que se hallaban envueltos en la ignorancia y en la barbarie, condescendió con la peticion de los Reyes Católicos, y les envió el 3 de Mayo, bula aplomada, por la cual se les concedieron las tierras descubiertas y todas las que se descubriesen por los súbditos de su corona.

Como el Papa Martino V habia concedido anteriormente al rey de Portugal la posesion de los territorios que descubriesen sus navegantes, desde el Cabo Bojador hasta la India, creyó el monarca portugués D. Juan II, que lo que se hacia con los reyes de Castilla recaia sobre tierras que á su corona le pertenecian ya, y manifestó sus derechos. Pero no se trataba de perjudicar á una nacion para favorecer á otra, sino de que cada una de ellas extendiese sus límites sin perjudicarse mutuamente. Para dejar claro un punto que interesaba de igual manera á los dos países, se expresaba en la bula, que se daba á los reyes de Castilla y de Leon el soberano imperio y principado de las Indias; esto es, las islas todas así como la tierra firme descubiertas hasta entonces y por descubrir hácia el Occidente y Mediodía, tirando una línea imaginaria desde el Polo Arctico hasta el Antártico, cortando en dos partes iguales el espacio que se hallaba entre las islas Azores y las de Cabo Verde. El Papa, celoso del buen trato de los habitantes de la América y de la conversion por medio de la excelencia de la doctrina, y de ninguna manera por el rigor, decia en la bula, que no se les concedia á los reyes la gracia recibida, sino con la precisa condicion de que enviarian á las nuevas posesiones hombres de acrisolada virtud, modestos, prudentes y de saber que, con su ejemplo y su doctrina, convirtiesen al catolicismo y á la vida social á los que gemian en el gentilismo y la barbarie.

Error en que han incurrido algunos escritores al querer ridiculizar la bula. Varios escritores, dejándose llevar de su genio epigramático, han tocado este punto de la concesion hecha por el Papa, de una manera satírica y burlesca. Mojando su pluma

en las tintas mas pronunciadas de la caricatura, han deramado en sus producciones millares de frases burlescas, riéndose del candor de las sencillas gentes que creian que el Sumo Pontífice era el señor de todo el mundo, y que podia repartir, á su albedrío, los estados que juzgase conveniente. Entre los muchos escritores que han tratado de ridiculizar la donacion del Papa á los Reyes Católicos, hay uno que con chiste malicioso dice que Alejandro, hijo de Felipe de Macedonia, repartiendo reinos y provincias, era, en materia de liberalidades, un niño, comparándolo con Alejandro VI. «Despues que Dios dió la tierra al hombre—añade—ya solo le tocaba al Papa conceder á España la cuarta parte del mundo.»

No es propio de la importancia de la historia la sátira y el sarcasmo. Los asuntos sérios se han de tocar sin prevencion, sin deseo de herir, revelando una imparcialidad sincera.

Noble fin con que fué concedida la bula. La bula del Papa Alejandro VI debe mirarse bajo otro punto de vista mas alto y trascendental. Aquella era la época de los descubrimientos, y todas las naciones corrian en pos de tierras desconocidas. Los portugueses tenian varias posesiones; los españoles acababan de descubrir otras, y ambos se preparaban á nuevos descubrimientos. Acaso los franceses, los ingleses y los alemanes se lanzasen hácia el mismo rumbo, llegando unos y otros á los mismos puntos, tomando posesion de la tierra en el sitio en que desembarcasen. A no existir algun documento que declarase, por autoridad que todos respetasen, á quién le correspondia la posesion, se habrian suscitado funestas guerras que hubie-